

Los cronistas del 98: Americanización y discurso colonial según la vanguardia capitalista

Pablo S. Torres

Universidad de Puerto Rico, Rio Pedras, PR

Resumo

Após a Guerra Hispano-americana, Estados Unidos consolidaram sua posição como uma potência regional no continente americano. A vitória sobre Espanha teve um valor simbólico no discurso da expansão americana e a experiência foi fundamental para definir a política imperial no século XX. Os autores destes textos funcionaram como investigadores para o capital, que viajaram pelas terras tropicais para identificar recursos para fornecer suas indústrias. Uma dúzia de escritores acompanharam as tropas americanas durante a campanha e escreveram sobre as oportunidades para o capital americano. Nos textos de Albert G. Robinson, Frederick A. Ober y William Dinwiddie, os cronistas estudados, passam revista nos atributos geográficos da Ilha, oferecem suas impressões sobre os portorriquenhos e avaliam sua capacidade para funcionar dentro do sistema político e econômico estadunidense.

Palavras-chave: Guerra Hispano-Americana, Estados Unidos, política imperial

Resumen

Después de la Guerra Hispano-americana, Estados Unidos consolidaron su posición como una potencia regional en el continente americano. La victoria sobre España tuvo un sustancial valor simbólico en el discurso de la expansión americana y la experiencia fue fundamental para definir la política imperial en el siglo XX. Los autores de estos textos funcionaron como exploradores del capital, que viajaron por tierras tropicales para identificar recursos y materias primas para suplir a sus industrias. Una docena de escritores acompañaron las tropas americanas durante la campaña y escribieron sobre las oportunidades para el capital americano. En los textos de Albert G. Robinson, Frederick A. Ober y William Dinwiddie, los cronistas estudiados, pasan revista de los atributos geográficos de la Isla, dan sus impresiones sobre los puertorriqueños y evalúan su capacidad para funcionar dentro del sistema político y económico estadounidense.

Palabras claves: Guerra Hispano-Americana, Estados Unidos, política imperial

Abstract

After winning the Hispanic-American War, the United States consolidated its position as the regional potencia in the American continent. Victory over Spain had a substantial valor simbólico in the american expansion discourse, and the experience was fundamental in defining the imperial policy at the early Twentieth Century. Dozens of writers were with the american troops during the campaigns and wrote reports, in which described the natural resources of the new territories and advised over the investing opportunities for the American capital. Puerto Rico's landscape description in texts discussed in this essay are written by, what Mary Louis Pratt calls the "capitalist vanguard". The authors of this chronicles were scouts for inversionits, travelling over tropical countries identifying resources for their industries. In the books written by Albert G. Robinson, Frederick A. Ober and William Dinwiddie, the authors studied, overviewed the Island's landscape, evaluate the islanders and evaluate if Puerto Rico is able to be part of the American political and economic system.

Keywords: Hispanic-American War, United States, imperial policy

Con el triunfo en la Guerra Hispanoamericana, Estados Unidos consolidó su posición de potencia regional en las Américas. La fácil victoria sobre España en la *espléndida guerrita* de 1898 tuvo un importante valor simbólico en el expansionismo norteamericano, y puede considerarse como la encrucijada desde la cual, Estados Unidos fue definiendo su particular estrategia de dominio imperial. La élite política estadounidense, al entender su superioridad en el continente y la capacidad para competir con las potencias europeas, vio como *natural* el afianzamiento de su poder en la región a través de la adquisición de puestos ultramarinos en el mar Caribe y en el Océano Pacífico. Esto tiene una justificación ideológica validada en la noción de competencia que guía los impulsos en la sociedad capitalista, tal y como se expresa a través de las ideologías del darwinismo social, el determinismo geográfico y el racismo científico.¹

Durante la breve guerra, decenas de escritores y artistas gráficos acompañaron las tropas estadounidenses; éstos querían *estar ahí* para relatar a sus conciudadanos la historia de la

expansión de las *ideas y formas americanas* por el mundo. Estos cronistas describieron físicamente los recursos naturales de las islas a su haber y señalaron alternativas de inversión para el creciente capital corporativo estadounidense. En la mentalidad estadounidense de entonces, ésta era la única vía para lograr un desarrollo social propio para acceder a la *civilización* más evolucionada. Entendieron necesario transformar los recursos disponibles a través de los métodos de una explotación eficiente y *racional*, para convertirlos en riquezas y capital de reinversión.

La descripción del paisaje de la isla de Puerto Rico en los textos discutidos en este ensayo se asemeja a la que Mary Louis Pratt en su libro *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, califica como “vanguardia capitalista”.² Estos textos fueron escritos por “advance scouts for European capitalists”, que viajaron por tierras tropicales para identificar recursos y materias primas para suplir a sus industrias.³ Estas expediciones, que fueron costeadas por inversionistas europeos para gestionar oportunidades de inversión en las recién independizadas naciones hispanoamericanas; el capital europeo se volcó hacia la América Hispana y para la segunda mitad del siglo XIX controlaba la economía de varias de estas naciones a través de préstamos que no podían pagar.⁴

Las expediciones fueron narradas por escritores que participaron de ellas y que acercaban literariamente las exóticas tierras tropicales al público burgués occidental. De cierta manera, se trataba de una promoción para la inversión en las colonias y para que la opinión pública aceptase la relación colonial. Según Pratt, la *vanguardia capitalista* describe la Naturaleza como un espacio que sirve sólo en la medida en que tenga alguna posibilidad para invertir y generar industria. La América Latina con un gran escenario natural, abundante, pero mal administrado por una “raza” (española y mestiza) poco productiva, que no tenía el impulso de la competencia capitalista. El principal objetivo de estos textos es “to reinvent [Latin] America as backward and neglected, to encode its non-capitalist landscapes and societies as manifestly in need of the rationalized exploitation the European’s bring”.⁵

Ricardo D. Salvatore, en “The Enterprise of Knowledge: Representational Machines of Informal Empire”, estudia esta relación en el caso estadounidense durante los años de la formación del “informal imperio americano”.⁶ Agentes coloniales de diversos tipos articularon varias versiones del discurso colonial que expresaron múltiples visiones sobre *lo americano* y del *otro* suramericano. Todas ellas coincidieron en describir al *suramericano* como un ser con un vacío perpetuo, que el norteamericano venía a llenar, con su capital, sus ideas y su espíritu emprendedor.⁷ Para ello, establecieron unas “empresas del conocimiento” que construyeron una imagen negativa de la región latinoamericana con la idea de justificar las intervenciones estadounidenses, fueran militares, económicas o cívicas.⁸

Los autores de estas narrativas expresan lo que David Spurr llama “la imaginación colonizadora” en la que se da por sentado que los recursos naturales pertenecen a quienes estén más aptos para explotarlos de acuerdo a los valores del sistema industrial y comercial occidental. Esta idea, aclara Spurr, está presente tanto en la administración colonial como en el poder indirecto ejercido por Estados Unidos en algunos países centroamericanos en los que intereses estadounidenses, durante la década de los 1920, controlaban la titularidad de buena parte de las tierras cultivables, los sistemas ferroviarios y los sistemas de comunicación.⁹

Un aspecto importante en el discurso colonial, es lo que Spurr llama la “vista panorámica” o el *commanding view*. Con esta mirada amplia y de mayor perspectiva se describe el paisaje desde un punto de vista ventajoso y asimétrico con relación a lo observado, que ofrece un “placer estético” tanto como “información y autoridad”. Esta combinación de placer y poder, dice Spurr, le da a estos narradores un sentido de dominio sobre lo desconocido y lo que es percibido por los occidentales como “extraño y bizarro”. La perspectiva del *commanding view* es en sí misma un gesto colonizador, pues hace posible la cartografía necesaria del territorio para implantar el orden colonial.¹⁰

Durante la guerra, numerosos cronistas visitaron la nueva frontera americana para relatar las perspectivas de los nuevos territorios bajo la bandera americana y cómo se ejercería su

futura *americanización*. Concepto que entendían a partir de la fuerza transformadora de la inversión de capital y el desarrollo industrial de los recursos productivos. Parte esencial de esta creencia era que la “democracia” liberal era la manera más eficiente de administrar el desarrollo producido por la actividad industrial, y que para propiciar estas condiciones de producción había que implantar un sistema de educación que transformara a los sujetos coloniales en ciudadanos capaces de llevar un gobierno democrático y republicano.

El conocimiento producido por esta literatura fue la fuente de información básica con la que se nutrieron los círculos del poder metroplitano para justificar sus decisiones con relación a las posesiones insulares.¹¹ Por lo que los textos aquí discutidos son reflejo del pensamiento que formó la política pública con relación a la administración de las posesiones y los planes a largo plazo con ellas.

Los cronistas

El periodista Albert G. Robinson (*The Porto Rico of To-Day*), el naturalista Frederick A. Ober (*Puerto Rico and its Resources*) y el escritor William Dinwiddie (*Puerto Rico: Its Conditions and Possibilities*) fueron tres de los cronistas americanos que (d)escribieron/descubrieron su nueva posesión insular al público estadounidense. En sus textos pasan revista de sus atributos geográficos y climáticos (con las preconcepciones pseudocientíficas que ello acarrea), dan sus impresiones sobre los puertorriqueños y su capacidad para funcionar dentro del sistema político y económico estadounidense. Estos autores, como dice Silvia Álvarez Curbelo, expresaron “la necesidad de nuevos mercados y de presencia geopolítica, pero también... [dieron] rienda suelta a fantasías colectivas y personales de poder, de virilidad, de romance y de interés humanitario”; y de igual modo, reflejaban “las xenofobias, mesianismos y arrogancias de la civilización”.¹²

A través de su lectura crítica exploraré las ideas que tenían los autores sobre lo que significaba en la Isla pertenecer a la “Gran República” y asimilarse a ella. En esa discusión

sobre la representación de los puertorriqueños como futuros sujetos coloniales es posible percibir la propia definición de *lo americano*, como una civilización superior y lo que implica transformar a un pueblo atrasado en ciudadanos educados, eficientes y productivos. Es decir, *americanizarlo*.

La crónica escrita por Ober ofrece una mirada abiertamente imperialista. Destaca el interés de Estados Unidos por la expansión ultramarina y en particular por Puerto Rico, no sólo por su valor geoestratégico, comercial y militar, sino como una posesión “prospectively valuable in itself”.¹³ La perspectiva de Ober es regional, de las *West Indies*, sobre todo con relación a productos comerciales: caña, café y tabaco. Entiende que la adquisición de los territorios ultramarinos significó para Estados Unidos “a departure from ancestral traditions”.¹⁴ Para el autor, el intercambio con el nuevo imperio, que busca satisfacer sus necesidades de productos tropicales a cambio de los productos que manufactura; todo el valor añadido de civilización es un negocio justo, un *fair trade*. Se establece entonces un vínculo entre la civilización y el acceso a los bienes manufacturados de consumo.

Ober utiliza a la Gran Bretaña como modelo, ya que estableció un imperio basado en la adquisición de materias primas para alimentar las industrias metropolitanas y su expansión comercial. Con el establecimiento de bases navales y estaciones de carbón, se lograría una transformación para Estados Unidos: “We were for a time wanderers on the face of the seas, with no friendly harbour open to us, no port to welcome us with its shelter”.¹⁵ Para ello era necesario el control militar de la región del Caribe, por lo que la localización geográfica de Puerto Rico era muy valiosa, “not only as a commercial, but as a strategic centre, or base, in case of future military and naval operations in the Caribbean Sea”.¹⁶ Al igual que *en los tiempos de España*, Estados Unidos utilizará la Isla para asegurar el control de las rutas comerciales y los mercados de la región; es lo que el autor denomina el *Mediterráneo americano*, con la clásica metáfora imperial.

Como la adquisición de territorios ultramarinos significó un alejamiento de las “tradiciones ancestrales” de Estados Unidos, Puerto Rico sería una especie de “experimento”, el comienzo de una nueva manera de hacer las cosas ante unas circunstancias que se consideran especiales.¹⁷ Para este autor, esto es muestra de que Estados Unidos se preparaba para enfrentar el nuevo escenario económico y político internacional:

While England is talking about an “open door” in the Orient for her commerce and the expansion of trade, we have, though almost fortuitously, opened a door (*through the valour of our soldiers and seamen*) which will ultimately lead to the *commercial conquest* of those forty million people south of us, in the West Indies and South America, and the consequent enrichment of millions of *our own*.¹⁸

Ober da la palabra al sector que veía como natural y necesaria la expansión territorial para garantizar la democracia estadounidense. Sin embargo, después de 1898 el proyecto expansionista se trasladó del afán de controlar tierras al de controlar los procesos políticos y sociales en beneficio de sus intereses económicos. Es decir, al control de los mercados, ya sea para la adquisición de materias primas como para vender los productos manufacturados por ellos. Es lo que historiadores como William A. Williams llamaron el “imperio informal”.¹⁹ Por eso el *valor de sus soldados y marinos* servían igual para la *conquista económica* de la América Central y del Sur, como para la expansión occidental, durante el siglo XIX.

Por su parte, Albert G. Robinson ofrece su impresión de la Isla desde la perspectiva de un corresponsal de guerra. Su interés era presentar “a picture of the people and of the country ... , and to throw light upon the commercial possibilities in our new possession that lie within the reach of American business men”.²⁰ En su narración manifiesta desilusión por la campaña en general, pues consideraba que el único crédito que las operaciones merecían era el de haber ganado la guerra, pues no demostraron destrezas ni estrategias militares de las cuales sentirse orgullosos. El autor destaca la contradicción de lo que supone un escenario bélico y la realidad de lo que ocurrió en la

campaña de Puerto Rico: los estadounidenses esperaban batallas y recibieron agasajos y bendiciones.²¹

Robinson también destaca en su narración el efecto positivo de la intervención militar, que propicia la salida del retrógrado orden español hacia un nuevo orden americano. Ante su presencia, los locales reconocen la superioridad norteamericana y aceptan la llegada del nuevo poder:

For many years they had felt that they being bowed down and crushed under the heavy hand of an oppressor. *The army of the United States was regarded as the sword-bearing hand of a deliverer* who, in the coming days, would lay aside the sword, and wield, in its place, *the horn of plenty*, scattering peace, riches and blessings throughout the sun-kissed island.²²

Es interesante cómo se describe el poder transformador de Estados Unidos que a través de su ejército, a manera de espada justiciera, traerá en la otra mano el “cuerno de la abundancia” para los puertorriqueños. Se vincula así la noción de civilización con la del progreso económico según lo entiende el sistema capitalista occidental.

Por su parte, William Dinwiddie visitó la Isla durante la evacuación de la administración española y por los próximos dos meses investigó la situación de la Isla para la redacción de *Puerto Rico: Its Conditions and Possibilities*. Su objetivo era presentar al lector estadounidense, en particular a los posibles inversionistas, la más completa información en cuanto a las condiciones industriales, comerciales, políticas y sociales de la nueva posesión insular. De esta manera, los interesados tendrían “a comprehensive grasp of the administrative problems which confront us, and the possibilities for the embarking of American business enterprises”.²³

En estos tres textos se hace patente la relación que establecen entre el control del territorio y las oportunidades de inversión para los capitalistas americanos. Del mismo modo, ven esa oportunidad como positiva para la Isla, la cual se verá beneficiada con el desarrollo económico. Sin embargo, la posición a ocupar en este nuevo orden de cosas queda claramente

establecida, pues, a su juicio, los puertorriqueños no estaban preparados para el gobierno ni para la industria. En la visión de estos autores, *americanización* equivalía a la transformación de Puerto Rico y sus habitantes en un lugar propicio para la industria que es el terreno adecuado para el desarrollo de una civilización.

Esta transformación era vista desde la premisa de que la llegada de Estados Unidos a la Isla era una especie de *tiempo nuevo* con el que se borra, por inservible o deficiente, todo el pasado. La ceremonia del traspaso de la soberanía de Puerto Rico de España a Estados Unidos fue narrada por los tres cronistas como un momento trascendental, que evidenciaba su poderío y su establecimiento como una potencia, industrial y comercial, y ahora también colonial. Para la Isla, la consideraron un momento re-fundacional, el inicio verdadero del camino certero hacia el progreso.

Esta concepción de *tiempo nuevo* refleja el sentimiento de superioridad que acompaña a todo ejercicio expansionista, porque no se trata sólo de ocupar nuevos territorios, sino de desplazar a seres humanos, como en el caso del continente, o de asimilarlos (como si fueran inmigrantes) en este nuevo contexto. Así describe Robinson el inicio de esta “nueva época” del Puerto Rico americano:

The evacuation of the city of San Juan, the Spanish stronghold upon the island, the focal point of Spanish people and Spanish influence, was the closing of the gate of an old homestead which has seen generation after generation come and go for four hundred years. The mortgage upon the broad and fertile acres has been foreclosed by the operation of that inexorable law which says: “That which a man soweth, that shall he also reap”. *The property passes into the hands of others who, it is much to be hoped, will deal widely and honestly with it.*²⁴

Es reveladora la alusión religiosa, como si una fuerza providencial guiara el curso de los eventos; pero también resaltan las alusiones bancarias, por eso de aludir a esa otra fuerza cuasi providencial de las naciones capitalistas. España perdió su oportunidad al no poner a producir eficientemente la Isla, ahora

será el turno de Estados Unidos que, gracias a la capacidad demostrada, tenía todo el derecho de ocuparla y sacarle provecho.

Para Ober la ceremonia reflejó el entendimiento entre americanos y puertorriqueños:

Thus had war and peace joined hands for *the advancement of American ideas and promulgation of American methods*. Almost without a jar—certainly without any appreciable shock to the natives—our officials were installed, our administration was established, and the confidence of our new colonists in our integrity perfectly won.²⁵

Según esta narración, la guerra y la paz se unieron para permitir la llegada de las “ideas y los métodos americanos” a la Isla, y que ello fuese aceptado complacientemente por los puertorriqueños. Con un “perfecto entendimiento” entre americanos y puertorriqueños, los nuevos sujetos coloniales accedieron “de buen ánimo” al lugar que les correspondía en este nuevo orden. La aceptación de los isleños de la nueva relación colonial, en estas narrativas, es un lugar común necesario para generar la impresión, en los lectores del continente, de la bondad de las acciones de su gobierno y de la justicia de esta expansión.

Dinweedie describe una sencilla ceremonia de traspaso de soberanía, propia de los austeros valores republicanos que entiende como indicativos de la superioridad moral de los americanos con respecto a las otras potencias europeas: “The very simplicity of the celebration appeals to American hearts. *Our attitude was not that of the dictator, but of the protector*. . . we raised our flag softly, proudly, if you like, but we raised it with an outstretched hand of friendship”.²⁶ También es perceptible en el discurso colonial estadounidense el paternalismo derivado de estas actitudes imperialistas que dejan su huella además en la retórica de la educación y la insistente imagen del tutelaje para describir la relación colonial. ¿Cuál es —vale preguntarse— la diferencia que establece aquí el autor entre un “dictador” y un “protector”? ¿Será una cuestión de método o de “buenas intenciones”?

En la narración de Dinwiddie, el momento del traspaso está cargado de poéticas señales místicas:

Almost at the moment that the brilliant planet Venus shone faintly in the waning light of evening, a great gun on Morro castle, manned by the men in blue, belched forth a farewell salute to day. The long white curls of smoke were wafted westward slowly out to sea, and, as its billows ascended high in the air, the sinking sun tinted their topmost crest with rosy light, *an omen, it was said, that the black cloud of Spanish cruelty had passed away, and in its stead had dawned the pearl-and rose-colored promise of future happiness for Puerto Rico.*²⁷

La idea de una nueva época para la Isla es esencial en la imagen de la llegada providencial de la posibilidad de alcanzar el destino anhelado. Hasta la naturaleza y el azar reconocen la justicia y el optimismo de los acontecimientos. Se presentan estos autores como testigos de ese momento definitivo para los puertorriqueños, un nuevo inicio en el que la Isla, de la mano de Estados Unidos, caminará finalmente por el sendero del progreso.

Delirio tropical

La descripción de la geografía de Puerto Rico es muy importante en estos textos pues se establece y analiza el potencial de la Isla para su inserción al sistema productivo estadounidense. Es interesante cómo enlazan estos cronistas su conocimiento técnico y científico con sus preconcepciones raciales y étnicas. Existía en la literatura de viajes de finales del siglo XIX la idea de que las tierras y los habitantes de la zona tropical representaban una peligrosa y seductora abundancia que había que controlar y domesticar. Con el discurso científico, validaron ese “conocimiento”, mezclaron juicios morales y de salud con el clima y la naturaleza y establecieron el deficiente e improductivo carácter del tropical.²⁸ Se valida, entonces, la idea de la *degeneración tropical* que vinculaba la fertilidad abundante de la naturaleza, el calor tropical y el mestizaje con la supuesta incapacidad de sus pobladores, quienes eran vistos como vagos, atrasados e incapaces de alcanzar, por sí solos al menos, la civilización occidental.

Los autores destacan la subutilización de los prolíficos recursos agrícolas y especulan sobre cuánto mejorará la productividad de la Isla con el ímpetu del “American development”. Para ello, confían en los amplios recursos tecnológicos que contribuirían a establecer la infraestructura necesaria para la explotación eficiente de Puerto Rico. Así, la *americanización*, con su ímpetu y adelantado conocimiento científico y tecnológico, se presenta como antídoto a la improductividad tropical.

Robinson parte de este determinismo tropical:

Nature is really *a very kindly dame*, after all. Just as she usually interposes the relief of unconsciousness when a certain measure of pain is reached by a sufferer, so, too, in countries where more than a certain degree of active physical exercise becomes injurious, *she interposes a disinclination for exercise*. Speaking perhaps more exactly, *in hot climates she makes men lazy*. That is one of her wise provisions for the benefit of the human race. Along with this disinclination for energetic work, she pours out a lavish bounty which makes energetic work quite needless.²⁹

Queda establecida la importante tara de la vida en los trópicos, la vagancia y la falta de voluntad que demuestran sus habitantes. Una vagancia que viene tanto del calor y la humedad como de la falta de costumbre, porque sus habitantes no necesitan de grandes esfuerzos para sustentarse.

Resulta interesante la alusión de la Naturaleza como una “gentil dama” que, de tantos cuidados ofrecidos, “hace a los hombres vagos”, un aspecto característico de estas narrativas que exotizan al Otro y a su medio ambiente, al describirlo hermoso y seductor, pero peligroso para la voluntad del emprendedor hombre blanco. De esta manera, se construye una vez más una imagen de la seductora peligrosidad tropical. Robinson destaca que esta “vagancia” es uno de los factores adversos en la productividad de la Isla, sumada a los escasos estímulos productivos de la administración española y a la ausencia de una infraestructura que posibilitara el comercio: “This limited cultivation is in a measure due to *the lack of energy and ambition on the part of the native*

people”.³⁰ La falta de voluntad de los puertorriqueños implicaba una invitación a los inversionistas continentales, mientras que la falta de estímulos y de infraestructura era un simple problema administrativo que resolvería el gobierno colonial. En esta argumentación se mezclan factores prácticos (leyes e infraestructura que posibiliten el comercio y la producción) y esencialistas, derivados del determinismo regional y climático.

El trópico además era peligroso para el sujeto imperial, pues en él no sólo se perdían las fuerzas físicas, sino también las energías mentales se afectaban adversamente con el calor y la humedad. Prevenía, así, a los destinados a realizar la tarea *americanizadora*, de un peligro, no tan solo para su salud física, sino para el propio carácter: “any settlers on the island will soon drop into the prevalent indolence. It is in the air and in the life”.³¹ Se advierte así del peligro que representa el laxo clima tropical para el industrioso anglosajón; porque la indolencia tropical es contagiosa y pone en peligro la gestión imperial.

Como otros, Ober atribuye mucho de la personalidad de los isleños al clima que los ambienta. No es de extrañar que la primera descripción de los puertorriqueños se dé en el contexto medio ambiental. El ser humano, entiende el cronista, está determinado por sus circunstancias geográficas:

It is easy enough to generalize and say this and that may be raised here, and that generous nature brings forth her fruits spontaneously, while *indolent man reclines in a hammock* and only open his mouth to let them drop into it. But, while in the main this may be true—that nature is generous—still, since all men are not vegetarians and can not subsist on fruits alone, it will probably be found necessary to work for a living here as elsewhere—that is, *if one desires to live well*.³²

Aquí se hace una distinción interesante con *ese que desea vivir bien*, puesto que en esta visión donde el síntoma (la vagancia) es vista como la enfermedad (la anemia perniciosa provocada por el gusano anquilostoma), las acciones del individuo son regidas sólo por su deseo y capacidad de superarse y no por las condiciones sociales, económicas y políticas en las que vive.

También podría verse como el afán de superación que proviene de la competencia que predomina y se precia en las sociedades capitalistas que, como se ha reiterado, para estos cronistas era el estadio superior del desarrollo humano.

Dinweadie, contrario a los otros dos autores, no culpa al clima de la vagancia de los puertorriqueños. Apunta su diagnóstico hacia las enfermedades endémicas del clima tropical: la malaria y la fiebre amarilla. Y, a pesar de que confía en los doctores nativos para el tratamiento de éstas, al estar acostumbrados a tratarlas, asevera que muchas de las enfermedades en la Isla se deben a las malas prácticas higiénicas y a la deficiente nutrición. Se desconocía entonces que una de las causas de la falta de ímpetu de los campesinos puertorriqueños se debía a las lombrices que causan la anquilostomiasis, anemia perniciosa, que afectó a muchos de los habitantes de las montañas de la Isla.

Se presenta entonces el trópico como la primera y principal dificultad que ha de superarse. La naturaleza vista como un animal salvaje que debe ser doblegado y domesticado para ponerlo a producir. También se expone la confianza en la capacidad intelectual y tecnológica de Estados Unidos para superar estos escollos. En este sentido, la *americanización* es entendida como una energía con la capacidad de transformar paisajes improductivos en provechosas industrias.

Del jardín descuidado a la finca agrícola: la americanización productiva

Los autores de las crónicas aquí estudiadas dedicaron la mayor cantidad de páginas de sus obras a explorar las posibilidades económicas de la nueva posesión insular. La expansión de nuevos mercados y la adquisición de materias primas para el capital industrial fueron fundamentales en sus discursos, así como la expansión de la civilización por la *raza americana*. Es más, para ellos se trataba de dos aspectos de la misma cosa, pues se vinculan la riqueza industrial y la civilización moderna. Para los cronistas de “la vanguardia capitalista”, desarrollar económicamente a la Isla era lo mismo que *civilizarla*.

Robinson percibió esta transformación desde el momento mismo de la invasión; así lo destaca cuando hace notar lo que significó para el sureño municipio de Ponce, donde se acuarteló el ejército estadounidense durante la invasión. Las labores de desembarco ocuparon a muchos en las inmediaciones que, sumado a las miles de personas que llegaron con dinero para gastar en los negocios del área, convirtieron a modestos negocios en lucrativas empresas. Toda esta actividad resultó ser un fuerte estímulo al trabajo pues, “every available native laborer was set to doing something”.³³

Según estas narrativas, la Isla tenía aspectos positivos para la nueva era de productividad, como terrenos fértiles y disponibles para la agricultura comercial y para el capital corporativo; un clima tropical que permitía distintos tipos de siembra, así como una productividad continua; y abundante, aunque ineficiente mano de obra. No obstante, describen a los puertorriqueños como “terreno fértil” para su *americanización*.

Puerto Rico era, entonces, “a rich garden, uncultivated, neglected, wasted”.³⁴ Los autores destacan que, en términos productivos, la Isla era víctima del desperdicio y la negligencia propia de las ex-colonias españolas. Para ellos, éste había sido el terrible legado de España: corrupción e impuestos onerosos que limitaban las energías productivas. Vincularon esta falta de productividad con el precario desarrollo de la sociedad en general. En la mentalidad anglosajona, el argumento de la productividad era un valor importante con una larga trayectoria. Dentro de esta mentalidad, no poner a producir los recursos disponibles era una especie de pecado.

Con la administración americana, ese jardín desperdiciado se convertiría en “our new farm”,³⁵ por lo que recomiendan que fuese la agricultura donde se invirtiesen todos los recursos productivos. “It is chiefly to the cultivation of the rich and fertile soil of the island that we must look for its *industrial wealth*”.³⁶ Ésta no es la continuación de la expansión de la frontera americana, pues la Isla estaba densamente poblada y las industrias con posibilidad de desarrollo requerían de una considerable inversión de capital. Ya no se trataba de abundantes hectáreas de tierras

disponibles para alimentar el sueño americano del agricultor independiente, sino de la expansión del capital y los mercados americanos. Así lo advierte Robinson: “None but the capitalist, the investor, or the business man with money for his business should go to Porto Rico... there is little enough to interest the capitalist or the investor.”³⁷ Aquí se perfila la transformación del expansionismo americano. No se trata de adquirir territorios “improductivos” por “despoblados,” lo que caracterizó el crecimiento territorial durante el siglo XIX, sino de la expansión del capital americano. Aunque estos territorios estaban poblados eran improductivos por la negligencia de los propios habitantes, por lo que era necesario enseñarles cómo ponerlos a producir.

Lo mismo opinaba Ober cuando advertía que Puerto Rico “is not a wild country sparcely populated but has a rather dense population”, lo que limitaba las posibilidades para la inmigración de continentales. Señalaba además que lo que estas industrias requerían era “skill, capital, and attention”.³⁸ Dinwiddie también previene con insistencia a los continentales que piensan buscar fortuna en Puerto Rico: “it is a good country for the impecunious to keep out of, however ambitious they may be”.³⁹ Dinwiddie también da por sentado que el capital estadounidense sabría aprovechar cualquier posibilidad que le ofreciese la Isla. Es a través de la inversión y la explotación capitalista, en este caso en la industria agrícola, con la que se lograría el mítico Dorado, “that phantom which has lured the Spanish race, in centuries past, to its ultimate destruction”.⁴⁰ Así el autor aprovecha la ocasión para destacar una fundamental diferencia entre los españoles, la base fundamental del puertorriqueño, y los americanos. Los autores confiaban en que los inversionistas estadounidenses superarían cualquier dificultad a través del aparato industrial, la tecnología avanzada y la fuerza de voluntad. Para la *vanguardia capitalista*, *El Dorado* como alusión mítica de la abundancia, no radicaba en un golpe de fortuna, sino en la industriiosidad y el esfuerzo.

El cultivo del café era entonces el más rentable de la Isla, por lo que los cronistas veían con optimismo la integración del producto al mercado norteamericano, ya que no era producido en su territorio. Reconocen la calidad del producto isleño, cuya fama en el mercado internacional lo convirtió en una mercancía

valiosa. “The coffee of Puerto Rico ranks with the best”, dice Ober.⁴¹ Mientras que Dinwiddie subraya: “‘Yauco’ has become a trade name in France”.⁴² A pesar de esto, advirtieron, sólo una pequeña fracción de la producción cafetalera llegaba a Estados Unidos, por lo que los consumidores norteamericanos no conocían de la excelencia de la mercancía nativa.⁴³

Ober y Dinwiddie señalan que la integración del café puertorriqueño al circuito comercial estadounidense sería beneficiosa para Estados Unidos porque reduciría su dependencia de Brasil, país que dominaba el mercado del producto en ese país.⁴⁴ De esta manera Estados Unidos lograría ser autosuficiente, pues el café de Puerto Rico “should, ..., become the coffee of the future in America”.⁴⁵ Es interesante la insistencia de los autores en que su país debía ser autosuficiente y satisfacer así las necesidades de su propio mercado; para ellos es lo que mantendría el lugar que ocupaba Estados Unidos en el mundo. La dependencia en términos comerciales era percibida, desde los tiempos del exclusivismo mercantil, como una debilidad.

Los cronistas confiaban en que el café sería una industria fundamental dentro del Puerto Rico americano, una vez modernizados, que es como decir *americanizasen* sus métodos agrícolas y administrativos.

It may confidently be stated that the coffee industry is in its infancy in Puerto Rico, as compared to its possibilities *under the progressive management of American capitalists*. ... the methods in vogue for handling the crop are very primitive. With *American energy*, proper machinery, and accesible electric transportation, *there can be no doubt that Puerto Rico holds out the promise of becoming one of the leading coffee-producers of high grade coffee in the world...* ⁴⁶

Aquí hay otro ejemplo de cómo esos autores percibían la capacidad transformadora del capitalismo, más aún de la *energía americana* que servía de antídoto para contrarrestar la indolencia tropical y la falta de cultura productiva legada por España. Es esta capacidad transformadora lo que prometía una regeneración productiva y, con ella, el acceso a un mundo mejor. He ahí la

promesa de la *americanización*, la abundancia ofrecida por el sistema capitalista y la civilización de la *raza americana*.

La historia del café en Puerto Rico, sin embargo, tomó otro rumbo. A pesar del optimismo de los cronistas y del interés de los caficultores puertorriqueños, la administración colonial no dio trato preferencial al café puertorriqueño, que perdió sus antiguos mercados y el nuevo fue indiferente al producto. En cambio, el capital estadounidense se dirigió decididamente hacia la industria del azúcar. No obstante, los autores ofrecieron variados augurios.

Robinson, por ejemplo, aduce que la industria azucarera en Puerto Rico ya no era rentable. A pesar de la disponibilidad de abundantes tierras de cultivo para comprar, advierte a los posibles inversionistas continentales que el azúcar se trataba de un negocio riesgoso porque “[it] requires considerable capital, as each plantation should operate its own mill”.⁴⁷ Ober, en cambio, era más optimista con el futuro de la industria y veía una gran oportunidad para la expansión del cultivo cañero en los próximos años. Opinaba que era en la construcción de centrales azucareras “that American capital may find a profitable venture”.⁴⁸ Para ello, advierte, era imprescindible que se completase el sistema de ferrocarriles que conectase los cultivos con las refinerías y facilitase la distribución del azúcar a los distintos mercados.

Dinwiddie se queja de la falta de estadísticas confiables que permitiesen un conocimiento profundo sobre ella y destaca que la producción azucarera era muy desigual en lo que a tecnología se refiere. Y señala que, para hacer que esta industria fuera exitosa, había que renovarla con tecnología que acelerase y aumentase la producción. Esta reestructuración *administrativa* propuesta anuncia lo que la modernización-americanización significará para las relaciones sociales y productivas en Puerto Rico, provocando el declive de las haciendas. Es por eso que, Dinwiddie le advierte a los posibles inversionistas: “The promise of a succesful future lies in more profound centralization of the industry”.⁴⁹ También señala que los productos derivados de la producción de azúcar, el alcohol y el ron manufacturados en las centrales constituyen un “no inconsiderable return in the sugar-making business”.⁵⁰

La “raza” puertorriqueña

Un elemento importante de la discusión sobre las posibilidades de la nueva posesión insular inevitablemente tenía que detenerse en sus habitantes. Los tres autores describen el atraso de los puertorriqueños, en particular la falta de educación y las deplorables condiciones higiénicas y alimentarias en las que vivían. Robinson y Ober destacan la cuestión racial, mientras que Dinwiddie presenta una visión que enfatiza más en lo social, al señalar a la pobreza y a la ignorancia como el principal problema de la masa puertorriqueña.

A Robinson, por ejemplo, se le hace difícil definir la “raza” de los puertorriqueños. Es evidente aquí lo variable que resultan ser las nociones de una categoría que pretende ser física y observable. Detrás del fenotipo observado está la construcción ideológica de quien define. Existía entonces una gran diferencia en las nociones raciales en la Isla y el *color line* establecido en Estados Unidos, una sociedad segregada racialmente. Así lo reconoce Robinson: “Race lines are drawn to some extent, socially; but race lines, as we know them in America, can hardly be said to exist”.⁵¹ Por eso, trata de traducir los términos raciales en Puerto Rico a sus particulares nociones. Así, los *blancos* son “whites”, mientras que los *pardos* son “gray” y los *morenos*, “brown” o “swarthy”. Cuestiona los resultados del censo español, que estipula que más de la mitad de los puertorriqueños eran *blancos*.

Jorge Duany entiende que esta diferencia entre las nociones de raza entre puertorriqueños y estadounidenses ha sido fundamental en la relación entre unos y otros. En su libro *Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States*, afirma que en Puerto Rico se establecieron tres grupos principales (“black, white and brown”) basados principalmente en el color de la piel, los rasgos faciales y la forma del cabello, y no resultaban tan importantes los antepasados. Mientras que en Estados Unidos dominaba una noción binaria en la que se era blanco o no se era. De manera que los hijos producto de “razas” distintas eran clasificados tan inferiores como su progenitor más oscuro. Esta oposición en las nociones de raza

entre puertorriqueños y estadounidenses ha tenido repercusiones en los análisis y la política pública establecida por Estados Unidos en la Isla.⁵²

Ober expande las diferencias de la noción racial a una que podríamos considerar *étnica*, tal vez, *nacional*. Establece diferencias entre los pueblos latinos y los anglosajones al destacar la proclividad de los primeros en mezclarse con “races that have complexions more deeply dyed than theirs”.⁵³ Pero no toda mezcla resultaba igual, pues señala que de los mestizajes francés y español resultaron pueblos mulatos de distinta índole. Mientras que “the French resultant is agile, witty, laughter-loving, and affectionate, the Spanish is more often morose and treacherous”.⁵⁴ También pervivía el mestizaje con los pobladores originales del Caribe, pues no se eliminó del todo el “Indian blood”, pues “there are many half-breeds, or mixed people—*mestizos* and *mestizas*—who can trace connections, more or less remote and uncontaminated, with the ancient race of Puerto Rico”.⁵⁵

Esta visión parte de la premisa de que cada etnia o nación tiene una esencia particular que se transmite a través de los genes del mismo modo que las características fenotípicas. La mezcla, a juicio de los cronistas, suele ser negativa, y se expresa con el término científico o salubrista de “contaminar”. En el caso de la isla de Puerto Rico, la cuestión racial era demasiado complicada para los autores anglosajones debido a que la generalizada “mezcla de sangre”, y por ende de temperamentos *étnicos* o *nacionales*, entre los nativos isleños era amplia y variada:

Add to these the Africans, the Majorcan Jews, and the Canary Islanders, who have been brought here at one tune or another, and the various half-castes resulting from the mingling of these bloods with the Spanish, and one may not wonder that of the total population of Puerto Rico pretty nearly one half is something else than Castilian, pure and undefiled.⁵⁶

La perspectiva racial y étnica de Ober representa a un pueblo confuso debido a sus entremezclados y variados orígenes. Sin embargo, enfatiza que, “the majority of people other than of

Spanish birth can point to the Dark Continent as the home of their ancestors”.⁵⁷ Con este énfasis en la objetividad numérica, Ober trata de acercar a la mayoría de la población puertorriqueña a la negritud, señal y causa de su atraso:

This statement is not made as a matter of reproach, but of fact. If the Spaniard chose to consort with the tawny beauty of the forest and raise *a brood of semi-savage children*, that was surely *his business*, and no reproach to him so long as he remained faithful to his family. But the record, so far as they are accessible, do not show a fidelity to the marital vow on the part of the man that is at all edifying.⁵⁸

La descripción de Ober es negativa al aludir al amplio mestizaje del que sale un híbrido “malhumorado y traicionero”. Y bajo el lema de *quién soy yo para juzgar*, determina “objetivamente” que de las relaciones interraciales no salen familias como “dios manda”. Del mismo modo puede verse la metáfora del *business*, porque quien no atiende a su familia con responsabilidad, tampoco puede conducir empresas rentables, mucho menos gobernar un país. El resultado es, para este autor, una sociedad irresponsable e inmadura. Por lo tanto, con la necesidad de un tutelaje prolongado para que aprendiese a gobernarse.

Dinwiddie, en cambio, presenta una imagen más positiva de los puertorriqueños al señalar que, en términos generales, éstos eran “good workers, for *folk of simple mind*, when labor presents itself”.⁵⁹ Destacar esto es importante si se quería convencer al pueblo estadounidense de las bondades y las necesidades del proyecto expansionista ultramarino. Los puertorriqueños no eran viciosos ni indecentes, arguye, por lo tanto, existía la posibilidad de propiciar su desarrollo social y civilizatorio gracias a la influencia de Estados Unidos. Señala otra importante característica, y es que el isleño no es “an anarchist or an insurrectionist”, a pesar de la opresión y el abandono del Estado colonial español. La amable condición climatológica no castigaba al poblador con fríos extremos ni hambrunas miserables lo que no alimentó en el puertorriqueño un carácter revoltoso. Más bien, y a pesar de sus carencias, lo describe como “a fairly-contented man”.⁶⁰

Se destaca la docilidad, la hospitalidad y la disposición del puertorriqueño al trabajo para presentar a un sujeto que, aunque primitivo (una especie de noble salvaje), es capaz de superarse. Desde esta perspectiva, el puertorriqueño también es “terreno fértil” para la *americanización*:

to mold this man - representing the majority - into a *self-respecting man, usefull franchised citizen of the United States, it can be done, for the reason that he is docile, obliging, appreciative of favors, and, best of all, possesses an inbred courtesy and politeness, and an equability of temperament, which permit him to readily absorb new ideas.*⁶¹

Si el puertorriqueño dócil brindaba posibilidad de su redención, la nación *americana* era la promesa de ella, porque representaba todo lo que es “just and grand and righteous”. Y si la nación tutora demuestra ser austera con su poder y logra imponer los *métodos de libertad*, confiaba Dinwiddie en que Puerto Rico podía convertirse en “*a twentieth-century Garden of Eden, in which the native, trained in new methods of freedom, may, for the first time in three centuries, enjoy the sweets of liberty*”.⁶² Puerto Rico sería la promesa de la moderna tierra prometida y para llegar a ese dulce destino necesitan la ayuda de su “ideal savior, America”.⁶³

Los cronistas de la *vanguardia capitalista* en el contexto del cambio de soberanía ofrecen una primera mirada a Puerto Rico desde la visión del *americano*. Para ellos, la *americanización* era una poderosa energía, la mejor versión de la civilización occidental, que transformaría la improductiva Isla en una provechosa finca agrícola. Para estos autores, imbuidos de las ideas liberales, la libertad de los mercados y de la producción industrial equivalía a la libertad de las personas, que quedaban circunscritas a la disciplina de la producción corporativa. Los puertorriqueños serían americanizados en la medida en que funcionaran eficientemente en el sistema productivo estadounidense. No obstante, los autores plantean, en particular Robinson y Ober que existían serios escollos culturales y biológicos para lograr la asimilación de los isleños. Las ideas racialistas contenidas en el darwinismo social y el tropicalismo

hacían ver a los puertorriqueños como seres genéticamente deficientes debido a la mezcla racial y degenerados por la naturaleza y el clima.

Notas

(Endnotes)

- ¹ Nancy Stepan, *Picturing Tropical Nature*, London: Reaktion Books, 2001; Carl N. Degler, *In search of human nature: the decline and the revival of Darwinism in American social thought*, New York: Oxford University Press, 1991.
- ² Mary Louis Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Second Edition. New York: Routledge, 2008.
- ³ Pratt, *Imperial Eyes*, p. 143.
- ⁴ Pratt, *Imperial Eyes*, p. 144.
- ⁵ Pratt, *Imperial Eyes*, p. 149.
- ⁶ Ricardo D. Salvatore, “The Enterprize of Knowledge: Representational Machines of Informal Empire” en Gilbert M. Joseph, Catherine C. Legrand, and Ricardo D. Salvatore, eds., *Close Encounter with Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham: Duke University Press, 1998, pp. 69-104.
- ⁷ Salvatore, “The Enterprize of Knowledge:”, p. 72.
- ⁸ Salvatore, “The Enterprize of Knowledge:”, p. 69.
- ⁹ David Spurr, *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*, Durham: Duke University, 1993, p. 31.
- ¹⁰ Spurr, *Rhetoric of Empire*, pp. 15-16.
- ¹¹ Lanny Thompson, *Imperial Archipelago: Representation and Rule in the Insular Territories under U.S. Dominion after 1898*, Honolulu: University of Hawai'i Press, p. 26.
- ¹² Silvia Álvarez Curbelo, “ ‘A Splendid Little War’: Carl Sandburg, Stephen Crane y Richard Harding Davis en la invasión de Puerto Rico (1898)”, *La Torre (Los americanos)*, Tercera época, año XIV, núm. 53-54, julio-diciembre 2009, pp. 186 y 187.
- ¹³ Frederick A. Ober, *Puerto Rico and its Resources*, Segunda edición. San Juan: Fundación Puertorriqueña de las Humanidades/Academica Puertorriqueña de la Historia/Oficina del Historiador de Puerto Rico/National Endowment for the Humanities, 2005, p. 223.
- ¹⁴ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 2. Este reconocimiento es constante entre los análisis históricos sobre el 1898 y sus consecuencias.

- ¹⁵ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 4. Esta es la misma posición expuesta por Alfred T. Mahan, *The Influence of Sea Power on History, 1660-1783* (1890).
- ¹⁶ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 3-4.
- ¹⁷ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 4.
- ¹⁸ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 2. Mi énfasis.
- ¹⁹ William A. Williams, *Tragedy of American Diplomacy*, New York: Dell Pub. Co., 1962.
- ²⁰ Robinson, *The Porto Rico of To-Day*, Segunda edición. San Juan: Fundación Puertorriqueña de las Humanidades/Academica Puertorriqueña de la Historia/Oficina del Historiador de Puerto Rico/National Endowment for the Humanities, 2005, p. 8.
- ²¹ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 47-48. Mi énfasis.
- ²² Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 30. Mi énfasis. Ober también destaca cómo los isleños recibieron con agrado y alegría al ejército invasor: “Everywhere, indeed, the Americans troops were received with acclamation by the native residents of the island, who vied with each other attentions by the way, when they came out of their huts and houses with offerings of fruits, drinks, flowers, and shouted themselves hoarse with, Viva los Americanos!” Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 225.
- ²³ William Dinwiddie, *Puerto Rico its Conditions and Posibilies*, Segunda edición. San Juan: Fundación Puertorriqueña de las Humanidades/Academica Puertorriqueña de la Historia/Oficina del Historiador de Puerto Rico/National Endowment for the Humanities, 2005, p. iii. De los tres, es este autor quien presenta una mirada más enfocada en las posibilidades del desarrollo empresarial de la Isla, al redactar los informes más pormenorizados.
- ²⁴ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 223. Mi énfasis.
- ²⁵ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, pp. 231-232. Mi énfasis.
- ²⁶ Dinwiddie, *Conditions and Posibilies*, p. 6. Mi énfasis.
- ²⁷ Dinwiddie, *Conditions and Posibilies*, p. 8. Mi énfasis .
- ²⁸ Camille Krawiec, “My Place or Yours?”, en José Anazagasty Rodríguez y Mario R. Cancel, editores, *“We the People”: la representación americana de los puertorriqueños, 1898-1926*, Cabo Rojo: Editora Educación Emergente, 2008.p. 15.
- ²⁹ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 186. Mi énfasis.
- ³⁰ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 133. Mi énfasis.
- ³¹ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, pp. 161-162. Mi énfasis.
- ³² Ober, *Puerto Rico and its Resources*, pp. 44-45. Mi énfasis.

- ³³ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 145.
- ³⁴ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 145.
- ³⁵ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 150.
- ³⁶ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 151.
- ³⁷ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 171. Mi énfasis.
- ³⁸ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 55.
- ³⁹ Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, p. 65. Mi énfasis.
- ⁴⁰ Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, p. 31.
- ⁴¹ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 63.
- ⁴² Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, p. 86.
- ⁴³ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 153.
- ⁴⁴ Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, p. 97.
- ⁴⁵ Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, p. 99.
- ⁴⁶ Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, p. 98. Mi énfasis.
- ⁴⁷ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 152-153.
- ⁴⁸ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 58.
- ⁴⁹ Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, p. 111.
- ⁵⁰ Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, p. 105.
- ⁵¹ Robinson, *Porto Rico of To-Day*, p. 194-195. Mi énfasis.
- ⁵² Jorge Duany, *Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002, p. 237.
- ⁵³ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 162.
- ⁵⁴ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 162.
- ⁵⁵ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 162.
- ⁵⁶ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 162-163.
- ⁵⁷ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 163.
- ⁵⁸ Ober, *Puerto Rico and its Resources*, p. 163-164. Mi énfasis.
- ⁵⁹ Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, p. 166. Mi énfasis.
- ⁶⁰ Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, p. 166.
- ⁶¹ Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, p. 166. Mi énfasis.
- ⁶² Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, p. 166. Mi énfasis.
- ⁶³ Dinwiddie, *Conditions and Possibilities*, pp. 202-203.

Referencias

ALVAREZ CURBELO, Silvia. “‘A Splendid Little War’: Carl Sandburg, Stephen Crane y Richard Harding Davis en la invasión de Puerto Rico (1898)”. In: *La Torre (Los americanos)*, Tercera época, año XIV, núm. 53-54, julio-diciembre 2009, pp. 186 y 187.

DEGLER, Carl N. *In search of human nature: the decline and the revival of Darwinism in American social thought*. New York: Oxford University Press, 1991.

DUANY, Jorge. *Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002, p. 237.

DINWIDDIE, William. *Puerto Rico its Conditions and Posibilies*, Segunda edición. San Juan: Fundación Puertorriqueña de las Humanidades/Academica Puertorriqueña de la Historia/Oficina del Historiador de Puerto Rico/National Endowment for the Humanities, 2005, p. iii.

KRAWIEC, Camille. “My Place or Yours?”. In: José Anzagasty Rodríguez y Mario R. Cancel, (editores) *“We the People”: la representación americana de los puertorriqueños, 1898-1926*. Cabo Rojo: Editora Educación Emergente, 2008.p. 15.

OBER, Frederick A. *Puerto Rico and its Resources*, Segunda edición. San Juan: Fundación Puertorriqueña de las Humanidades/Academica Puertorriqueña de la Historia/Oficina del Historiador de Puerto Rico/ National Endowment for the Humanities, 2005, p. 223.

PRATT, MaryLouis. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Second Edition. New York: Routledge, 2008.

ROBINSON. *The Porto Rico of To-Day*. Segunda edición. San Juan: Fundación Puertorriqueña de las Humanidades/Academica Puertorriqueña de la Historia/Oficina del Historiador de Puerto Rico/ National Endowment for the Humanities, 2005.

SALVATORE, Ricardo D. “The Enterprise of Knowledge: Representational Machines of Informal Empire”. In: Gilbert M. Joseph, Catherine C. Legrand, and Ricardo D. Salvatore(eds). *Close Encounter with Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*. Durham: Duke University Press, 1998, p. 69-104.

SPURR, David. *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*, Durham: Duke University, 1993, p. 31.

STEPAN, Nancy. *Picturing Tropical Nature*. London: Reaktion Books, 2001

THOMPSON, Lanny. *Imperial Archipelago: Representation and Rule in the Insular Territories under U.S. Dominion after 1898*, Honolulu: University of Hawai'i Press, p. 26.

WILLIAMS, William A. *Tragedy of American Diplomacy*, New York: Dell Pub. Co., 1962.